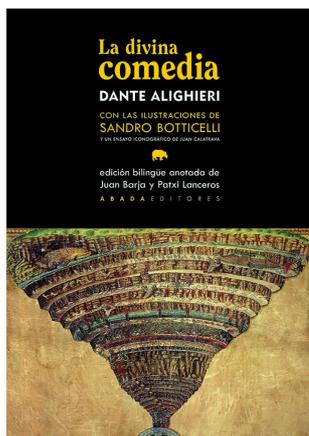


Un lugar sin límites. Música, nihilismo y políticas del desastre en tiempos del amanecer neoliberal

ALBERTO SANTAMARÍA

Ediciones Akal, Madrid, 2022.
296 páginas.



El último libro del filósofo y profesor de Teoría del Arte de la Universidad de Salamanca, Alberto Santamaría, se une a la abundante bibliografía académica aparecida en los últimos años sobre el neoliberalismo. Tal y como el propio título de la obra expresa, se pretende dar cuenta de cómo el neoliberalismo —en su caracterización europea— no solo conllevó una transformación de la sociedad en términos económicos —convirtiendo el mercado y sus dispositivos en la esfera dominante de todas las relaciones sociales—, sino que supuso un cambio radical en la cultura y, en general, en todas las esferas de acción: dispuso una racionalidad que acabó gobernando el mundo. En este sentido, *Un lugar sin límites* se vincula íntimamente a los numerosos trabajos (*En los límites de lo posible*, 2018; *Alta cultura descafeinada*, 2019; *Políticas de lo sensible*, 2020) que el autor ha publicado recientemente sobre la cultura contemporánea y la crítica cultural. En ellos, la cultura no se reduce a una expresión mecánica de la vida política o económica o a un ámbito sectorial, sino que está inserta en el núcleo de todas las relaciones sociales.

En la estela de los mejores estudios culturales –Thompson, Hoggart, Williams, Hall, Fisher–, Santamaría concibe que los procesos culturales se articulan con los económicos y políticos. Presenta una comprensión de la cultura cuyo núcleo es móvil, inaprensible y, en la medida en que está siempre en disputa, está determinado por las transformaciones sociales que la circundan. La comprensión que Santamaría ofrece enlaza los procesos culturales con las prácticas y expectativas que determinan la vida de las gentes. Afectan, en términos spinosistas, a todas las relaciones sociales, las decisiones electorales y, por supuesto, a los espacios cotidianos rutinarios. Para Santamaría, que ha leído bien a Hayek, esto fue rápidamente comprendido por el neoliberalismo que buscó desde su “amanecer” la forma de estabilizar su relato, su racionalidad, su dominación y su hegemonía. Como puso de relieve Stuart Hall en *El largo camino de la renovación* (2018), el neoliberalismo reformó de manera profunda la sociedad a nivel afectivo y cultural. Las nuevas tendencias políticas y económicas que habían surgido con el capitalismo de posguerra contribuyeron a reformular las costumbres, los patrones y los modelos de la vida cotidiana. De modo que, cuando el neoliberalismo entró en escena, lo hacía ya sobre una serie de afectos y prácticas que se habían ido configurando durante los conocidos como treinta gloriosos, pero también durante las manifestaciones por los derechos civiles y contra la Guerra de Vietnam. El neoliberalismo daría respuesta a una serie de deseos obturados que habían emergido de una nueva concepción de la libertad originada durante el Estado del Bienestar y su sociedad de mercado y consumo, absorbiendo los nuevos elementos afectivos (felicidad, creatividad, autonomía, etc.) de una sociedad industrial en decadencia y crisis. Dicha concepción de la libertad, que explotó con el 68, como ha acertado a ver Santamaría, no supo ser articulada por la socialdemocracia europea o, en general, por la izquierda occidental, que no llegó a comprender los cambios en los niveles más profundos de la subjetividad. Bajo esta perspectiva, Santamaría nos presenta un libro que, reconociendo con acierto la voluntad de totalidad del neoliberalismo; es decir, la articulación de *lo posible* como subalterno; procura, al mismo tiempo, vislumbrar cómo el punk pretendió concretarse como un espacio disruptivo frente al “avance viscoso y fantasmático del neoliberalismo”; pero, también, articuló un momento popular. “Cualquiera podía hacer esto”, apuntó David Johansen, cantante de los *Dolls*. Consistió en una respuesta a las ataduras de un modelo social obsoleto, un cuestionamiento del orden. Si bien, bajo el lema de *no future*, el punk no fue capaz de ofrecer, como sostiene Santamaría, un programa político. Los grupos punk acabarían transformando el nihilismo y la destrucción en un fetiche. Aunque el punk fue lentamente desactivado por el neoliberalismo a finales de la década de los setenta, representaría un grito de negación o resistencia de una generación ante una serie de promesas incumplidas.

Este gesto disruptivo sería, para Santamaría, lo recuperable del punk. Y, eso es, precisamente, lo que lo convertiría en una “ética”. El punk sería “un gran no” a la forma en que se entrelaza el poder y la vida cotidiana.

Con el fin de explicar cómo el punk llegó a convertirse en una de las vanguardias artísticas más populares, Santamaría ha dividido su libro en dos partes excelentemente redactadas y muy bien informadas. En la primera, explica la dificultad de separar la práctica cultural del contexto político y económico en el cual se enraíza. Bajo esta premisa, la creatividad no se reduce a mero recurso individual. Se trataría de “partir del entrelazamiento de este sujeto con la experiencia colectiva” (p. 30). El punk constituiría un ejemplo de lo que Raymond Williams ha denominado “forma emergente”: una formación afectiva, antagónica de lo dominante, conformada de manera lenta e imprevista caracterizada por un sentido negativo. Santamaría, recuperando a Lucien Godmann, reitera que los procesos culturales no pueden ser absorbidos por completo. Siempre hay un afuera, una disonancia, que permanece en pugna en el marco de las relaciones económicas y políticas. Dicho con otras palabras, la política o la economía no colma la cultura. Santamaría descubre “una grieta cultural” llamada punk en el relato del neoliberalismo primerizo. Sin embargo, tal y como el autor llega a reconocer, el neoliberalismo también sería una abertura cultural en el orden establecido de la postguerra. El punk y el neoliberalismo compartirían su emergencia como consecuencia de una reacción frente a la crisis del orden industrial. La diferencia radicaría en que, si bien el neoliberalismo ofrecerá un mecanismo de reacción mediante el mercado, el punk lo llevará a cabo mediante la negación. Esta es la clave del libro de Santamaría: el punk es “antes una filosofía (una ética y una política) que una práctica” (p. 35). Lo es, en la medida en que, al modo gramsciano, presenta un componente crítico. En consecuencia, el punk tendría una poderosa impronta política, expresaría un sentimiento de contestación que, lejos de nostalgia por el pasado, se vincula a un espacio comunitario de conflicto y disidencia dominado por una estética comunitaria de cazadoras de cuero, imperdibles y cabellos encrestados plena de energía subversiva.

No obstante, y esta es su tragedia, el punk revelaría su impotencia hacia el presente en su ausencia de proyecto de futuro. Lo que, en gran medida, acercaría el punk a concepciones impolíticas, que reducirían la negación a gestualidad y la resistencia a simple contestación. De ahí, quizá, la facilidad con la que el neoliberalismo difuminó el gesto protestatario del punk, vaciándolo en el *ska*, el *glam* y el pop de los ochenta; o como sucedió en el caso patrio, en *realites shows* o documentales para Netflix. Se debe recordar aquí la conocida frase del editor de Sniffin’ Glue, Mark Perry que anunciaba que: “El punk murió el día que *The Clash* firmo con la CBS”.

El grupo firmó un contrato de 100.000 libras que generó el malestar entre sus fans y no pocos problemas entre la banda.

La segunda parte se titula “Sin límites. Yo es otro. Escenas para una nueva mitología”. En ella, sin descuidar el aspecto académico, haciéndose cargo de fuentes orales y con un marcado carácter autobiográfico, tanto en la selección de las letras como de los protagonistas, Santamaría lleva a cabo la presentación de la escena punk desde sus orígenes hasta las derivas literarias del *ciberpunk* –, aunque sabe que “no existe un relato correcto y real del punk” (p. 136). A través de la figura de Arthur Rimbaud – considerado como el primer punk por Patti Smith –, Santamaría entronca el movimiento subversivo con la Comuna de París. La Comuna simbolizó una ruptura con el orden capitalista recién consolidado, tanto con el modo de producción como con el orden social establecido. El punk recogería esta larga estela de luchas para recrear un sujeto nuevo y un imaginario colectivo frente al orden impuesto sobre la vida. Leída desde Rimbaud, la Comuna se constituye como un acontecimiento que desborda el orden de forma creativa. Es un desborde que no puede ser fagocitado por completo, un poema que se prolonga hasta el presente. Santamaría lo proclama en la voz radical de Rimbaud en un verso del que se hará eco el punk: “¡Encuentra flores que sean sillas!”. El punk conectaría con la vida que late por debajo y que se niega a ser subsumida: la vida de las personas heridas en la recesión de los años setenta del siglo XX y de aquellas arrastradas de manera violenta y autoritaria hacia el neoliberalismo. El punk se descubre, entonces, como un estallido ante un presente doloroso, como un desprecio a los símbolos de autoridad, como una voz de los marginados. De ahí, su mirada hacia lo salvaje, su gesto infantil, su refugio en lo no-adulto, en lo telúrico y en lo esquizoide, que aproxima, como ha destacado Santamaría, el punk al romanticismo. De ahí que J. G. Ballard se convirtiera en el autor de cabecera de toda una generación, desde Ian Curtis al post-punk electrónico. En el punk, el arte no puede reducirse a lo establecido. No debía adquirir institución, cuando toda institución debía ser abolida. Es una manifestación del deseo de una vida plena que no admite límites ni aburrimiento, que lleva la soberanía al exceso y, en consecuencia, a su vaciamiento. No obstante, hay que recordar que, cuando el neoliberalismo autoritario de Thatcher y Reagan se impuso con aclamaciones a la tradición, a la familia, al individuo y al orden, al punk no le quedó más que la búsqueda de la devastación, incluso la del propio sujeto. Bowie dio cumplimiento de ello cuando aseveró que “no había nada a lo que aferrarse”. Por ello, Santamaría culmina que el punk estaba destinado al “nihilismo autodestructivo” (p. 169). Generó a un sujeto que se reveló contra las formas de subjetividad propias del capitalismo industrial, pero, frente al sujeto neoliberal que compensaba su pulsión de muerte con el principio de placer que los dispositivos de

consumo y competencia ofrecían, el punk solo satisfizo su pulsión con la destrucción del orden establecido que no era otra, para todos ellos, que la del propio sujeto.

En suma, como muestra el brillante trabajo de Alberto Santamaría, el punk consistió en un gesto romántico que llevó a cabo una exploración de la realidad gracias a la potencia expresiva de las nuevas subjetividades. Aquella ironía punk no ha desaparecido y, como tal, aquel gesto disruptivo todavía continúa. No obstante, su gesto marcadamente impolítico propició la aceptación de la cancelación del presente que el neoliberalismo afirmaba, como vislumbró Mark Fisher. La devastación se transformó en una desesperación que, para aquellos sujetos, solo pudo ser aligerada por la competencia y el consumo. El punk no pudo con Reagan y Thatcher.

DAVID SOTO CARRASCO.